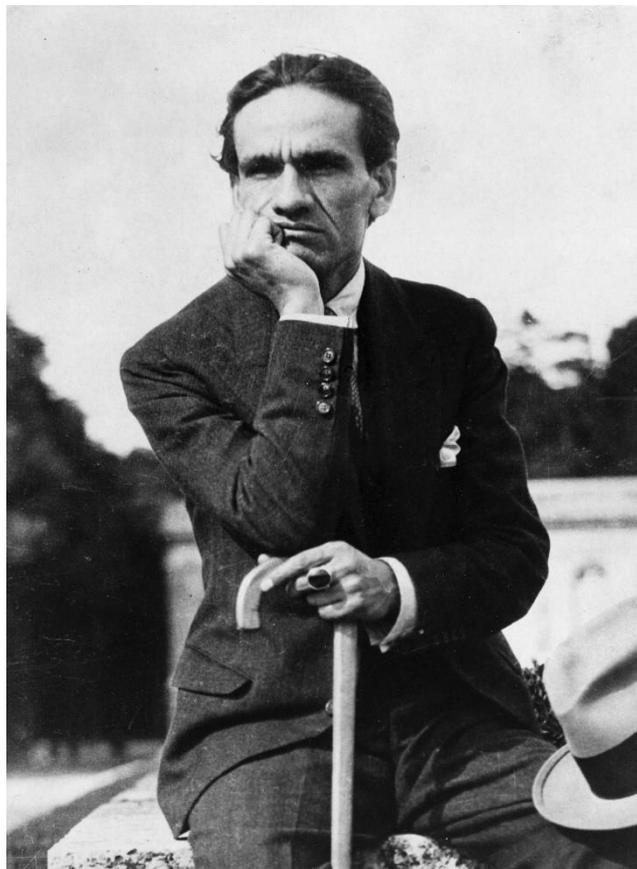


AGUAFUERTE DEL PROFUNDO PERÚ

CARLOS TOBAL



Perú, visto desde la pantalla de un bar, en el barrio chino detrás de las vías en las Barrancas de Belgrano: el noticiero repasa la escena en la que el presidente Castillo lee y anuncia a los cuatro vientos su inverosímil decisión de hacerse del poder absoluto. Ello, disolviendo los otros poderes de la república, “anuncia” que, de ahí en más, gobernará sobre la base de decretos propios de necesidad y urgencia.

Más parece un suicida -digamos político- que deja constancia temblorosa de los motivos por los que entrará en la nada estatal.

O en los túneles de la prisión de máxima seguridad, que los golpistas de la ultraderecha en acción, lo enterrarán piadosamente como rescate del secuestro de su mujer y de su hija.

El razonable temblor de Castillo, que contradice su imagen habitual algo titubeante, con cierta displicencia. Ingenua, pero sincera de maestro de escuela, devenido presidente. De rasgos aindiados, marrón como su pueblo. Pero ensayando o intentando la prestancia caballeresca, casi el mismo gesto, de la foto clásica en que se ve sentado en el banco de una plaza al poeta César Vallejo, dubitativo y pensante; que era parecido, pero de piel blanca apoyado con mano firme en su bastón.



La paradoja que hace verosímil el móvil de la extorsión a la que está siendo sometido el presidente, es que su razonable cobardía desnuda a la vez la debilidad propia de un esclavo a merced de sus amos: lo que devuelve su pertenencia aborigen y moviliza de manera irrenunciable al pueblo que masivamente sale a las calles y bloquea los caminos avanzando sobre Lima, aun a costa por ahora de 60 o 65 asesinados por la policía e innumerables heridos. Tornando temblorosa a la institucionalidad dictatorial.

El poder cayó en su propia trampa, los hechos se desarrollan a gran velocidad. Se ignora de quién será la victoria.

Se ve que Castillo no es un mártir como Cristo, ni un héroe civil como Salvador Allende. La pantalla muestra como tiemblan los papeles que sostiene en sus manos mientras lo obligan a leer frente a las cámaras para dejar constancia mundial de la fragancia del delito en que lo encuadran. Lo que permitiría a los alzados justificar su prisión inmediata, por ahora de 18 meses. Evitando un juicio previo, lo acusan de rebelión, el absurdo de un delito imposible siendo el presidente.

No lo mataron, de hecho, hubieran podido. Siendo arbitraria, la fuerza, a largo plazo, no es dominio. La permanencia está librada a los avatares de la lucha en curso. Es una guerra fraudulenta contra la unidad nacional, contra la activa población civil y aborigen que resiste. Rota la legalidad republicana, cualquiera está a merced de las intermitencias de la violencia. Incluso los golpistas. Cuando se empieza a matar no se sabe cómo termina.

Todo país, más acá o más allá de su epopeya independista, en su intimidad tiene derecho a heredar los valores íntimos de sus mejores antepasados. Simbólicamente los héroes nacionales de Perú parten de la narrativa de la vida, resistencia y muerte de Tupac Amaru II; y del sentir transmitido en la poesía de César Vallejo. El exterminio naciente en Perú es como si estuviera ejecutando nuevamente al Tupac Amaru tácitamente vivo en el corazón de los descendientes indígenas. Y reviviendo el dolor de la vida en el cantar de César Vallejo, que aún flota en la población urbana de los hombres de a pie de las ciudades. Es la tácita unidad nacional.